

Conocimientos que se encuentran: territorios, lenguajes y comunidades en transformación


Pablo Felipe Gómez Montañez ¹



Citar como: Gómez Montañez, P. F. (2024). Conocimientos que se encuentran: territorios, lenguajes y comunidades en transformación. *Campos En Ciencias Sociales*, 12(2), 7-10. <https://doi.org/10.15332/25006681.12073>

Para la *Revista Campos* es muy especial presentar el siguiente número por dos razones: por ser el primero que se desarrolla desde la nueva jefatura editorial y por la manera en que sus aportes académicos configuran un diálogo donde, pese a la apertura temática de la convocatoria, los *territorios*, los *lenguajes* y las *comunidades en transformación* son los actantes —al decir de Bruno Latour— que moldean y dinamizan los campos de lo social hoy. Este número reúne investigaciones que interpelan una pregunta compartida: ¿cómo se produce, circula y habita el conocimiento cuando se le ancla a los territorios y a las comunidades que lo sostienen? En un tiempo atravesado por urgencias sociales, ambientales y tecnológicas, los artículos proponen rutas para pensar la educación, la cocina como patrimonio, la protesta y el espacio público, las juventudes y el género, la empresa arraigada en saberes

*Editorial

¹Doctor en Antropología de la Universidad de los Andes, Colombia. Investigador del grupo Comunicación, Paz-Conflicto de la Facultad de Comunicación Social de la Universidad Santo Tomás, Colombia. Jefe editorial *Revista Campos en Ciencias Sociales*. Correo: pablogomez@usta.edu.co.  0000-0003-0655-7574

ancestrales, la historia de las organizaciones familiares y la ciencia abierta. El hilo que los enlaza es claro: el conocimiento es una práctica social y, como tal, requiere diálogo intercultural, memoria, imaginación política y herramientas contemporáneas que lo hagan verificable, compartible y transformador.

Comenzamos con un aporte realizado por la Universidad Autónoma de Chiapas, institución amiga con quien la USTA mantiene convenios de cooperación en la actualidad. Pero nos enorgullece comenzar con un aporte realizado no solo por un autor académico, sino que además funge como pedagogo comunitario en contextos de pueblos originarios del sur de México. La apuesta de Ecidea, forjada por pueblos *tseltales* en las Cañadas de Ocosingo, desmonta la idea de la escuela como dispositivo externo y propone una pedagogía situada que brota de la vida comunal. El artículo muestra cómo el currículo se cruza con la experiencia: la milpa, el cafetal, la asamblea, la casa de salud y la ermita dejan de ser “contexto” para convertirse en escenarios de aprendizaje, donde niños y niñas aprenden al ritmo de los ciclos agrícolas y de las responsabilidades compartidas.

Apuesta por desmontar la clásica violencia epistémica en ciencias sociales, caracterizada por invalidar y negar históricamente las capacidades cognitivas, innovadoras y de generación de conocimiento por parte de comunidades colonizadas y dominadas. La metodología *puy* (el caracol, en *tseltal*) organiza los procesos formativos como un espiral: problematizar, actuar, devolver a la comunidad, volver a mirar. Esta dinámica no solo hace significativos los contenidos, sino que refuerza la potenciación comunitaria: los mayores, las familias y los educadores tejen juntos la transmisión de saberes, articulando conocimientos

locales con universales sin antagonismos innecesarios con la educación oficial.

El artículo recupera hitos históricos (del Congreso Indígena de 1974 a los Acuerdos de San Andrés) para subrayar que Ecidea no es una alternativa marginal, sino una respuesta política y pedagógica a promesas incumplidas. Desde la interculturalidad crítica, el programa revela que la educación puede disputar el orden de poder cuando abre vías de reconocimiento, participación y validación de epistemologías otras. En suma, la escuela vuelve a ser territorio: un lugar donde aprender equivale a cuidar la vida compartida.

Continuamos con un aporte llevado a cabo por egresados de nuestro programa de Diseño Gráfico. El recorrido por la cocina tradicional andina muestra al plátano como un emblema cultural que atraviesa tiempos, geografías y prácticas comunitarias. No es solo un ingrediente versátil —verde para sancochos y patacones, maduro para frituras, asados y postres—: es también economía familiar, memoria culinaria y vínculo social. Ferias, festivales y mercados consolidan un circuito de intercambio donde se transmiten técnicas de cultivo y recetas que viajan de generación en generación.

La propuesta *Mikhuna* combina recetario interactivo, relatos y recursos visuales para revalorizar el plátano como símbolo de identidad. La estrategia no se limita a compilar recetas; narra territorios, teje historias de platanicultores y convoca públicos diversos (locales, nacionales e internacionales) con formatos que conectan patrimonio y turismo cultural responsable. El texto no elude tensiones: enfermedades del cultivo, presiones de mercado y memorias de conflicto recuerdan que la gastronomía también es lugar de disputa. La respuesta que se propone —comunicar, formar públicos, innovar con raíz— hace de la cocina un laboratorio de ciudadanía: comer, aquí, es recordar de dónde venimos y decidir cómo queremos seguir habitando nuestras tradiciones.

Pero las tensiones que se dan en el marco del poder atraviesan espacios cotidianos domésticos y, por supuesto, los políticos. El análisis del plantón del magisterio oaxaqueño ofrece una lectura fina del espacio público como materia viva. Esta investigación muestra cómo, al instalarse el campamento, se reconfigura el histórico Zócalo: de plaza turística y administrativa pasa a casa, escuela política y centro de operaciones.

La protesta no solo formula demandas; produce espacio: cocina, descansa, informa, convoca, organiza. Allí, la vida cotidiana y la acción colectiva se superponen, difuminando la frontera entre lo público y lo privado.

La noción de *transfuncionalidad* permite ver al plantón en su complejidad: es al mismo tiempo hábitat, dispositivo comunicativo y plataforma de visibilidad. La morfología del campamento, que oscila entre orden y caos, revela un saber urbano en acto: asignación previa de áreas por asamblea, pero también improvisación creativa; retícula de calles y brechas espontáneas; zonas centrales de información y periferias de reproducción de la vida. El texto distingue modalidades (masivo, representativo, rotativo) y registra alianzas tácticas con actores como vendedores ambulantes, evidenciando una conciencia espacial que expande la apropiación del Zócalo aun cuando los números disminuyen. En clave lefebvriana, el plantón funciona como contra espacio: desactiva, aunque sea provisionalmente, la homogeneización comercial y museística del centro histórico para reponer el derecho a la ciudad como derecho a la centralidad, la sociabilidad y la decisión colectiva.

El género y la juventud como categorías y campos sociales no podían faltar en este número. La revisión sistemática de 61 estudios ofrece un estado del arte robusto sobre la relación *juventud-literatura académica iberoamericana*. Predominan enfoques cualitativos en sociología, antropología, educación y psicología, y se instala con fuerza la idea de la condición juvenil como construcción sociocultural e histórica, no como simple “tránsito” a la adultez. A la vez, el trabajo advierte que persisten miradas adultocéntricas que reducen la juventud a moratoria o carencia. En materia de género, conviven perspectivas socioculturales y performativas con marcos binarios aún muy extendidos. El gran ausente —o al menos, el menos presente— es el enfoque interseccional que cruce género con clase, etnia, territorio y orientación sexual para explicar cómo se producen las desigualdades y cómo se tejen resistencias. Este hallazgo marca una agenda: más investigación interseccional, con mejores diseños y métricas.

El artículo resalta, además, la agencia juvenil: militancias, activismos digitales, cibercomunidades y nuevas formas de participación que desbordan lo escolar y lo institucional. La conclusión no es complaciente: invita a cambiar las preguntas con las que

miramos a las juventudes y a abandonar taxonomías rígidas que invisibilizan diversidades, temporalidades y territorios.

Retomamos el diálogo intercultural entre modelos de conocimiento y gestión modernos y tradicionales. Con 47 empresas de múltiples sectores como muestra, la investigación sobre empresas y conocimientos ancestrales demuestra que los segundos —técnicas agrícolas sostenibles, manufacturas de bajo impacto, gestión comunitaria de recursos— son hoy activos estratégicos: aportan credibilidad, diferenciación, innovación y eficiencia ecológica. No se trata de un retorno romántico al pasado, sino de innovación con raíces, capaz de traducirse en ventajas competitivas.

El estudio explora barreras (costos, resistencia cultural, falta de sistematización y tensiones con tecnologías emergentes) y propone integrar estos saberes a los modelos de negocio y a los reportes de sostenibilidad: GRI 304 (Biodiversidad), GRI 308 (Evaluación ambiental de proveedores) y IFRS S1 como marcos que pueden visibilizar prácticas locales hoy subregistradas. La tesis es sencilla y poderosa: lo que no se mide, no cuenta; lo que no se cuenta, no existe en la toma de decisiones.

Un aporte valioso del artículo es mostrar cómo circulan estos conocimientos dentro de las organizaciones: capacitaciones internas, involucramiento familiar desde edades tempranas, talleres en redes y conservación de recetas y protocolos que expresan identidad. Cuando se gestionan con consentimiento, co creación y reciprocidad, los saberes ancestrales no solo mejoran procesos y productos; reordenan la ética empresarial hacia el territorio y la vida.

El siguiente artículo mantiene una línea similar, esta vez analizando las relaciones entre productividad económica y las familias como núcleo de la sociedad y espacio de transmisión de tradiciones. La reseña histórica recuerda que las empresas familiares no forman un bloque homogéneo: son mundos diversos moldeados por sincretismos, oleadas migratorias, marcos institucionales y virajes tecnológicos. En el relato de cuatro “oleadas” se perfilan procesos: del sincretismo originario y los clanes barriales artesanos a la conformación de grupos familiares con trayectorias productivas distintas y, en tiempos recientes, a la emergencia de emprendedores globales.

La lectura histórica permite comprender por qué la profesionalización, la sucesión, la internacionalización y el control familiar adoptan formas distintas según contexto y época. La tipología comparada —del *outsourcing* a modelos socio desarrollistas y rentistas— muestra que las estrategias no son intercambiables: dependen de estructuras sectoriales, políticas públicas, capital social y arreglos culturales.

El mensaje final es doble. Por un lado, reconocer la heterogeneidad evita prejuicios analíticos y políticas de “talla única”. Por el otro, invita a valorar el papel cívico de estas empresas como vehículos de transmisión de valores, oficios y cohesión comunitaria que, bien orientados, pueden seguir aportando al desarrollo territorial con anclaje histórico y proyección contemporánea.

Finalmente, el número se enfoca en el conocimiento ubicado en el campo de la producción científica y literaria académica. El artículo sobre ciencia abierta articula filosofía, política y práctica para desbloquear el conocimiento como bien público. Acceso abierto, datos FAIR, infraestructuras compartidas, licencias adecuadas, ciencia ciudadana y métricas transparentes componen una plataforma que acelera la investigación, mejora la verificabilidad de resultados y ensancha la participación social en todas las fases del ciclo científico.

La mirada situada sobre Colombia identifica cuatro retos: uso efectivo de repositorios y redes académicas; empoderamiento mediante datos, herramientas e infraestructuras abiertas; superación de limitantes estructurales (financiación, licencias, directrices); y construcción de agendas que conecten ciencia abierta con ciencia ciudadana e innovación pública. A ello se suma un desafío insoslayable: brechas de conectividad y de capacidades que, si no se abordan, reproducen exclusiones en nombre de la apertura. Más que un protocolo técnico, la ciencia abierta es un ethos: colaboración, integridad, reciprocidad y accesibilidad. Su promesa es democratizadora, pero exige instituciones flexibles, evaluaciones responsables y ecosistemas que reconozcan el valor de compartir sin precarizar el trabajo científico. El horizonte es claro: una ciencia más porosa a la sociedad, capaz de escuchar y de rendir cuentas.

Juntos, estos artículos componen una cartografía donde escuela, cocina, calle, empresa, familia y labo-

ratorio no aparecen como compartimentos estancos, sino como espacios porosos que se reescriben cuando se ponen en diálogo saberes locales y universales. Las contribuciones de este número apuestan por epistemologías situadas que cuidan la vida y abren conversación con las herramientas contemporáneas de reporte, evaluación e intercambio.

Nuestra invitación es simple y ambiciosa: seguir tejiendo entre territorios, instituciones y disciplinas, para que la investigación no solo describa el mundo, sino que ayude a transformarlo. En tiempos de transición, la calidad de lo común depende de la calidad de los encuentros. Este número ofrece pruebas de que, cuando los saberes se encuentran, se expanden las posibilidades de lo colectivo.